

EL HONOR DEL SOLDADO, REFLEXIONES SOBRE LO INMATERIAL EN EL SIGLO XXI

Rubén García Servert

Teniente general (reserva)
del Ejército del Aire

*Al Rey, la hacienda y la vida se ha de dar,
pero el honor es patrimonio del alma, y el alma solo es de Dios*
El Alcalde de Zalamea

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

¿Tiene sentido hablar de un concepto tan difuso como el honor, en pleno siglo XXI, y pretender darle el valor capital, que siempre tuvo, para el soldado español?

La respuesta es taxativa: sí, sin lugar a duda.

Permítanme llamar la atención del lector sobre un tema que considero de rabiosa actualidad entre quienes hemos tenido el privilegio de mandar a hombres y mujeres de uniforme, especialmente en situaciones complejas.

En los centros militares de enseñanza la formación moral del soldado pivota alrededor del honor, de un honor asumido y vivido con naturalidad, imprescindible para el ejercicio de la profesión militar. No en vano, las vigentes Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, en su Artículo 14, Espíritu Militar, recogen la antigua redacción, ya presente para el oficial en las ordenanzas de Carlos III, haciéndola ahora extensiva a todo militar, «El militar cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio...»

Ahondando más si cabe, en el Artículo 16. Cumplimiento del deber. «Cumplirá con exactitud sus deberes y obligaciones impulsado por el sentimiento del honor inspirado en estas Reales Ordenanzas».

Históricamente, el soldado español ha sido un hombre de honor, las conductas contrarias a este valor han sido siempre repudiadas y duramente perseguidas.

En los ejércitos de España, se ha cultivado el honor, hasta el punto que se puede afirmar con



rotundidad que sin honor, un soldado nunca fue admitido como apto para el servicio. Por honor se vivía y por honor se moría.

¿Qué está pasando hoy? Seré categórico, un militar no honorable no vale para la milicia, hoy igual que ayer y que mañana. Alguien que arriesga su vida al servicio de la Patria no puede deshonrar el uniforme y el de sus compañeros a través de actitudes contrarias a los altos compromisos adquiridos.

Siendo esto así, convendrá estar seguros de definir con precisión lo que encierra algo tan sumamente difuso como el honor, pues ha habido momentos y circunstancias en que se ha abusado y desdibujado este valor, hasta hacerlo en ocasiones irreconocible. Llegado a este punto será bueno, por tanto, acotar su conte-

nido, porque es aquí donde el honor del siglo XXI tal vez responda a parámetros distintos de los que se reconocían ayer. Hay un núcleo inmutable y unos accesorios contingentes.

En el pasado no hacía falta grandes definiciones para comprender con precisión el concepto, algo que era, como decía, esencial en el día a día del soldado, en una época en que se moría con total naturalidad por defender el honor ultrajado.

La Real Academia de la Lengua española nos define magníficamente el honor militar como el «sentimiento inspirado en la lealtad que nos lleva a demostrar una conducta coherente con los principios propios del ejército y nos guía al más exacto cumplimiento del deber y a la excelencia profesional».



El honor es un valor esencial para el militar porque actúa como guía de su conducta y como motor que le impulsa a obrar siempre bien en el cumplimiento del deber. Implica la coherencia entre lo que se debe hacer y lo que se hace. Se reconoce, por tanto, en las obras, más que en las palabras.

Actuar con honor significa comportarse con rectitud en toda circunstancia, por encima de intereses y dificultades, con autenticidad y nobleza, demostrando una actitud ejemplar, sobre la que se cimentará el prestigio y la buena reputación.

El honor se basa y fundamenta en una conciencia bien formada, en la que se cultivan con esmero otros muchos valores como la integridad, la caballerosidad, la justicia, la honradez y el respeto a la dignidad propia y ajena.

Conviene subrayar en este punto que el honor es perfectamente compatible con la diversidad, con la libertad en su más amplia acepción y con la dignidad de la persona de uniforme. De hecho es un plus, un imperativo moral que obliga a ser íntegro e irreprochable, más allá de la mera exigencia legal.

El honor así entendido se constituye por tanto en un elemento vertebrador del día a día de los ejércitos y en un valor esencial del alma del soldado.

Y abro aquí intencionadamente un debate que excede el planteamiento de este necesariamente breve artículo. Un soldado sin honor no vale para serlo, no tengo la menor duda; pero es que un ciudadano sin honor es igualmente disfuncional en una sociedad madura y saludable.

Habrà que empezar a predicar que la vida ha de merecer la pena ser vivida con exigencias éticas, más allá de la lucha sin barreras por el dinero, la posición o el poder; y que la mentira y la incoherencia entre principios y obras como normas de vida, descalifican a quien las utiliza.

Quizá la receta de fondo para salir de esta desoladora crisis que nos ha tocado vivir vaya mucho más allá de recetas sanitarias para superar la pandemia o de medidas para recuperar la economía. Tal vez debamos empezar a rearmar nuestra sociedad con valores compartidos, aprendiendo de quienes hicieron de ellos norma de vida. Pensemos en las generaciones de españoles rectos y austeros que construyeron con esfuerzo todo lo que hoy tenemos.

Porque, en el fondo, sin ética del esfuerzo, sin honestidad, sin abnegación y, por supuesto, sin cultivar el honor, una sociedad tiene poco futuro.





Y, como señalé anteriormente, no cabe limitar nuestras actuaciones al marco de la estricta legalidad. Como afirmaba Séneca, en sus Cartas o Tratados Morales, «El honor prohíbe acciones que la ley tolera».

Volvamos a los valores militares y a su instrumentalidad para asegurar actuaciones vencedoras. Hace poco escribí en esta misma revista sobre la disponibilidad como virtud esencial del soldado; pues bien, el honor no es menos importante, porque es lo que diferencia al soldado del mercenario y es carácter indispensable del militar para poder afrontar el combate por sí mismo, cumpliendo una exigencia que brota de su interior.

El honor impulsa al soldado a dar lo mejor de sí mismo, sin vigilancia externa, asumiendo la disciplina y las penurias del servicio en base a un compromiso personal que solo vigila su palabra dada.

¿Son realistas sin embargo estas consideraciones en el mundo posmoderno¹ de la España del siglo XXI? ¿No suena todo esto a antiguo y casoso? Ese es precisamente el problema. A

¹Posmodernidad: Movimiento cultural occidental que surgió en la década de los 80 y se caracteriza por la crítica del racionalismo, la atención a lo formal junto a una carencia de ideología y compromiso.

este reto nos hemos enfrentado los que hemos sido profesores de centros militares de enseñanza de formación, a la aparente (solo aparente) distancia entre el ambiente y los requisitos morales de la profesión.

Y nos hemos enfrentado con éxito, porque todos los comentarios que escucho, sobre la formación personal y moral de nuestros nuevos profesionales, son muy positivos y los hechos así lo avalan. Las academias y escuelas funcionan de una forma más que razonable, aunque la labor quizá sea más complicada que nunca.

Justo es reivindicar en estas líneas a la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos que llevan una vida recta, honesta y austera, pero cuya historia nunca sale en las noticias. Abogo por un reproche social compartido a quienes han hecho de la mentira su norma de vida, que son los menos.

Por ello, la aparente distancia entre la calle y nuestros centros de enseñanza no lo es tanto. En la inmensa mayoría de los casos reclutamos jóvenes que traen consigo el ejemplo, muchas veces heroico, de sus familias para salir adelante de forma admirable en un ambiente confuso y exigente.

Ese honor de Calderón de la Barca sigue vigente en la mayoría de nuestros soldados. La



lucha permanente es hacerlo norma de vida para todos, del general al último soldado, y explicar un honor práctico, sin grandes y complejas construcciones.

Porque simplemente un hombre honorable no miente, no critica al compañero a sus espaldas, no antepone sus intereses personales o profesionales al bien del servicio, es escrupuloso en el manejo de los bienes del estado. Un soldado honorable es un soldado ejemplar, pieza esencial de un ejército honorable, que será imparabile y cohesionado.

Por eso creo que debemos exigir actuaciones honorables a compañeros, subordinados y, sobre todo, a nuestros jefes, los cuales tienen el honor de asumir el mando a todos los niveles, porque insisto, un jefe sin honor no vale para el servicio.

La abolición de los tribunales de honor en las Fuerzas Armadas, lógica por su incompatibilidad con un Estado de Derecho, no debe llevar a confusión. Una cosa es que el honor no sea jurídicamente exigible, pero otra muy distinta es que las actuaciones concretas, consecuencia de la falta de honorabilidad, no sean reprochables legalmente.

La mentira, la administración deshonestas, la falta de escrúpulos en el ejercicio del mando,

el acoso laboral o personal, esconderse ante la propia responsabilidad, la falta de lealtad con el compañero, el subordinado o el jefe, no ser escrupuloso con los principios de mérito y capacidad, dan lugar a responsabilidad disciplinaria o penal.

Me reitero en mi argumento. Un ejército de hombres y mujeres poco honorables tiene pocas opciones de victoria porque está podrido por dentro.

Que cada lector saque sus propias conclusiones, empezando, naturalmente por sí mismo. Invito a todos a crear una corriente de regeneración ilusionada porque no hay nada más satisfactorio que compartir con toda la Institución la limpieza que en ocasiones tanto echamos de menos en otros ambientes.

En este tema como en tantos otros, la esencia de la milicia tiene mucho más que ver con lo inmaterial que con los medios disponibles, por más que sin medios adecuados tampoco se deba ir al combate. ■

El honor consiste en hacer hermoso aquello que uno está obligado a realizar.

El honor es la poesía del deber

ALFREDO VÍCTOR DE VIGNY